

alimento y la enseñanza, se remediaría la humanidad. Mas si se mira bien, nunca es completa la realización del derecho, nunca es estable el equilibrio de la salud, nunca está seguro y es suficiente el pan, nunca es plena la enseñanza. Límites, restricciones, deficiencias, alteraciones, en tales escollos se rompe y despedaza la ola de la vida. Y el desaliento infecundo nace de esa espuma salobre y amarga que nos llega á los labios. Por más que nos esforcemos, la injusticia crecerá como la mala hierba, la enfermedad y la muerte batirán sus alas de murciélago sobre el mundo, el hambre acosará á los mortales — en la India el hambre es ya epidémica y crónica á la vez — y la ignorancia espesará sus velos de bruma, envolviendo los cerebros en densa sombra. ¡La ignorancia! Si damos en pensar que á cada hombre que nace es preciso transmitirle el conocimiento, iniciarle en las fórmulas; que ese hombre se ve obligado á esforzar la memoria, á pensar el intelecto, á dedicar horas y más horas al fin de aprender algo, y que cuando lo ha aprendido y ha atesorado y se cree rico y se lo repiten en son de alabanza, un microbio ó una arenilla ó una gota de sangre en la masa encefálica dan al traste con todo y allá se marchan, á lo desconocido, á las tinieblas, los doctos y los sabios, nos acordamos de los *Triunfos de la Muerte*, tema artístico favorito de la Edad media, y nos estremecemos ante lo inútil de la labor eternamente interrumpida y reanudada: el Sísifo dolorido y magullado, volviendo á rodar su pedrusco, nos infunde piedad.

La generosa batalla contra la muerte es otra obra titánica de nuestro siglo. ¿Se conocía antaño la extensión de ciertas enfermedades que diezman á la raza? ¿Existían en igual grado y con igual desarrollo que ahora? ¿Somos más endebles ó más vigorosos en la actualidad? Las hambres á que tan frecuentes referencias hace nuestra literatura picaresca, ¿no engendraban anemias y tuberculosis?

Me inclino á creer que sí; que este azote de la tisis es viejo, por más que hasta el romanticismo á nadie se le ocurriese poetizarlo, y hasta hoy nadie pensase en prevenirlo con higiene, desinfección, dispensarios y sanatorios. Como es viejísima la diabetes, á cuyas complicaciones sucumbieron probablemente Cervantes y Felipe II, pero es nuevo su estudio y nuevos los sistemas para combatirla.

Ola yo, pocos días hace, en una tertulia, que se quejaban de la versatilidad de los médicos y del cambio en sus pareceres; de lo que aquellos señores llamaban *modas* de la medicina. Hoy — decían — nos mandan comer carne cruda y sangrando; mañana nos lo prohíben. Hoy nos recomiendan las duchas; mañana las duchas son un peligro y hay que escatimarlas. Ya envían á los tísicos al clima suave, ya á la montaña glacial. No sabe uno á qué atenerse.

Y yo me refa. Ese anhelo de la fijeza, de la estrañificación, es muy propio de la pereza de nuestro espíritu, que aprende una noción y no quiere ya olvidarla ni rectificarla. Desearíamos todos ser una hora Josué y parar la rueda del carro que gira sin detenerse y sin hacer caso de nuestro antojo de estacionamiento. Pero la ciencia no se detiene, y con noble sinceridad se corrige á sí misma; confiesa sus tanteos, y hace otros nuevos, para encontrar armas con que combatir tanta causa de destrucción como existe para esta nuestra pobre máquina desvencijada fácilmente.

Se viaja, se viaja... En esta época del año le entra á la gente el hormiguillo ambulatorio. Y el caso es que nunca menos que en verano se debiera viajar. Comprendo el trasiago en primavera y otoño: lo que es en julio y agosto no se está en parte alguna como en la casa propia, sobre todo en la quinta propia, en el campo, en ese vivir amplio y sereno, superior á todo, con perpetuo baño de aire libre, con toldo de hojas y decoración de flores, arbustos, árboles, fuentes, praderías y maizales.

La existencia más colmada y venturosa de la Tierra, dice Pablo Bourget en uno de sus libros de viajes, es la del *land lord* inglés dentro de su *manor*, ejerciendo el señorío de sus vastas posesiones, llenas de caza, pobladas de frondosidad, disfrutando en calma del goce íntimo de la familia y apurando los refinamientos de civilización que prestan á las funciones más vulgares de la vida especie de dignidad. Un solo inconveniente tiene tan feliz situación: que alguna noche, al cruzar el *land lord* ante los iluminados cristales de la *bow-window*, el feniano venegativo, oculto en la espesura, haga una puntería bien cierta... En España — añado yo — no haysiquiera este contrapeso. La residencia del señor andaluz en su cortejo, del señor vizcaino ó asturiano en su casa-palacio, del señor catalán ó aragonés en su *torre*, no está expuesta á tal contingencia; y hasta el bandole-

rismo, domado y reprimido — reconocerlo es justo — durante los últimos tiempos, no proyecta su sombra terrorífica sobre el horizonte campestre.

A mediados de este siglo, todavía era grave vivir en el campo. Se vivía ó se vegetaba: había señores para los cuales el viaje á la ciudad constituía un acontecimiento, y que en un rincón del solariego pazo, bajo una viga, escondían pacientemente las onzas de Carlos IV, los centenes de Isabel II, hasta que una noche de invierno, de esas largas y tempestuosas en que buscan guarida los mismos lobos, la *gavilla* hacía su aparición imponente y el drama se desarrollaba con sus conocidas peripecias: amos y criados maniatados, sujetos á la cama ó á las columnas de la chimenea; el interrogatorio, puñal al pecho ó trabuco á la sien; los preparativos del tormento, sartén con aceite hirviendo ó navajita delgada para hacer picadillo las carnes; el escondrijo descubierto, despanzurrado, saqueado; la plata metida en sacos; después, la orgía brutal, las botellas de rancio vino generoso derramadas y rotas, lo mejor de la despensa esparcido y tirado, la seguridad para los malhechores de que nadie acudiría á socorrer á sus víctimas y de que, al alborar, cargando á la grupa de sus caballos el botín, se irían tranquilos á refugiarse en los montes, lejos de la justicia que empezaría, un mes más tarde, á garrapatear papel sellado...

Hoy, tan temeroso cuadro pertenece al museo arqueológico. Hay Bancos; nadie atesora ni oculta monedas entre el pontonaje, como no sea algún maniático; los ladrones no roban en cuadrilla, ni se emboscan sino en las secretarías de Ayuntamiento, tras la maleza del reparto de consumos; y sólo alguna casa cerrada, desierta, abandonada por sus dueños, recibe la visita de los rateros campesinos. De estos salteadores al por menor entraron pocos días ha en una quinta cercana á Marina de, y pasáronse en ellas largas horas registrando cajones, alacenas y hasta creo que colchones y ladrillos. En su decepción al no acertar con cosa que lo valiese, dejaron escrita esta humorística advertencia: «Veníamos por dinero y nos vamos sin encontrarlo.»

¿Qué opinan ustedes de la ley de Lynch? A mí no me disgusta en cuanto revela energías y concepto de la justicia; porque hay crímenes que de tal manera ofenden y soliviantan, que parece que el castigo ha de ser inmediato, como el golpe con que se responde á grave y bochornosa afrenta.

Los que prevalidos de su fuerza atropellan á la niñez; los bestiales ultrajadores de criaturas, ¿merecen acaso otra cosa que el linchamiento? Jamás lo creeré. La indignación del primer instante, que se debilita después, es la mejor consejera y el juez más recto: en tales casos el sentimiento enseña mejor y guía más certeramente que todas las legalidades formulistas del enjuiciamiento largo y pesado. Y el sentimiento, en hechos como los que frecuentemente narra la prensa, y que por lo general se desenlazan con sobreesimientos ó penas leves, dictaría la cuerda, dictaría el garrote, dictaría algo tan ejemplar como lo que practica esa nación fuerte y llena de savia, que ha resuelto el problema de ir á todas partes por el camino más corto.

Ahora que se quiere indagar por plebiscito cuál es el músico más ilustre, el torero más famoso, el político de más agallas; ahora que todo se vuelven *records* y *campeonatos del mundo*, sería oportuno abrir un concurso para ponerse de acuerdo en cuál es la mejor fonda del orbe civilizado. A ver si así les entraba á las restantes una saludable emulación.

Los viajeros tendrían, naturalmente, voto autorizado; evocarían los recuerdos de sus aventuras y desventuras, y recordarían las «equivocaciones» de las cuentas, las deficiencias del servicio, las de la cueva y el comedor, todo lo que en un gran hotel revela el descuido, bajo las apariencias más brillantes. Porque á veces, en los aparatosos hospedajes instalados en edificios *ad hoc* y donde se recibe al viajero ceremoniosamente, reverenciosamente, como si se tratase de algún embajador ó príncipe, se padecen sorpresas, no ya sólo en cuanto á precios — en ese terreno conviene ir prevenido y no alarmarse, — sino en cuanto á graves faltas de *confort*, que dicen los británicos. Al llegar á Amsterdam é instalarse en lo mejorcito, el *Amstel Hotel*, recuerdo que deseé un vaso de buena leche, asaz fácil de obtener, se creería, en Holanda. Trajéronme la leche en vaso chico, y pagué por ella la equivalencia de cinco reales españoles. A la media hora me encontraba indispueta: me habrían dado agua de cal ó cosa peor. Por eso deberíamos andar con cuidado y consultar muchos viajeros antes de otorgar el campeonato de la fonda.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO

La duquesa de Denia acaba de morir en edad muy avanzada, en su palacio de Madrid. Era mujer de entendimiento y actividad, gran administradora, de esas que restauran una casa noble á fuerza de buen sentido, de orden y de constancia. Su inclinación á los artistas y á los escritores, su protección á Zorrilla, son títulos al respeto y á la simpatía de sus contemporáneos. En cuanto á su hermosura, no hablemos de la duquesa de Denia, porque este título comenzó á ostentarlo cuando ya el irreparable ultraje de los años no podía ocultarse ni con hábiles artificios; pero cuando la llamaban duquesa Angela de Medinaceli, lucía una de esas beldades típicas que deslumbran y avasallan sólo con presentarse. He oído describir mil veces su aparición fascinadora, en un baile de trajes, dentro de una gruta submarina, con atavío y tocado de verdes gasas, perlas y corales. He visto sus retratos de la juventud: los ojos, las facciones, la boca, la sonrisa enigmática, son de mujer oriental, hija de esos países en que la humanidad parece fundirse en moldes más nobles y grandiosos.

No era únicamente una preciosa cara: el cuerpo correspondía; y mientras la primera se arruinó lamentablemente, el segundo conservó su arrogante porte, sin perder ni estatura, ni gallardía, ni el andar majestuoso de la matrona en el apogeo del vigor y de la segunda juventud. Envuelta en un abrigo amplio y rico, ó arastrando por los salones la cola de su blanco traje — vestía invariablemente de blanco en sociedad, — la duquesa de Denia parecía siempre descendida de un trono. Alrededor de ella — en su nuevo palacio como en el antiguo de la plazuela de las Cortes — flotaba la tristeza sorda de las decadencias; y es que un reinado de hermosura, al caer, crea la constante melancolía de los destronamientos.

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres. Sólo en Alemania funcionan veintiséis.

La mujer, más aún que el hombre, ignora su derecho y está predispuesta á no ejercitarlo ni reivindicarlo. Para una dama como la Denia, que administra y conoce la legalidad, hay miles, hay millones, hay un rebaño incontable, que repite con sencilla ingenuidad:

— Ya se ve, soy mujer, y no entiendo de eso.

Las oficinas de consulta gratuita ejercitan una de las obras de misericordia, dar buen consejo á quien lo ha menester. Nuestra época, en tantos aspectos preferible á las anteriores, camina á ofrecer de balde á cuantos lo necesiten, y no lo puedan pagar, el abogado y el médico; el derecho y la salud. Si á ambas dádivas pudiesen unirse otras dos — ¡fríolera!, — el